

“Malintzín” y “Cuauhtémoc”

Rafael López

Los poemas “Malintzín” y “Cuauhtémoc” forman parte de la compleja colección de piezas poéticas reunidas en *Con los ojos abiertos*, uno de los primeros libros de Rafael López (1873-1943), oriundo de la ciudad de Guanajuato; fue un importante estudioso de jurisprudencia, destacado literato e importante agente cultural en la capital mexicana, durante los últimos años del Porfiriato y la época posrevolucionaria. Formó parte del Ateneo de la Juventud, fungió como presidente de esta sociedad en dos ocasiones y, entre sus cargos más relevantes, se destacan su papel como catedrático de Literatura en la Escuela Normal, como director del Archivo General de la Nación y, posteriormente, como el primer director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

Durante las celebraciones del Centenario de 1910, obtuvo “la flor natural” en el certamen de Juegos Florales, por su texto “Leyenda de los volcanes”, que también sería posteriormente recogido en *Con los ojos abiertos*, libro que se publicó en 1912, bajo el sello editorial Biblioteca del Ateneo, gracias al impulso de José Vasconcelos. El libro consta, a su vez, de cuatro partes: El pecado romántico, El jardín de las ofrendas, Urnas votivas y Vitrales patrios. A juicio de Alfonso Reyes, son los poemas que conforman el último apartado de este libro aquellos que expresan una verdadera “robustez poética”. La colección de poemas reunida en estas cuatro partes corresponde a una selección personal hecha por López para demostrar sus “hazañas técnicas”. Reyes observó que no hay elemento histórico y temático que dé sintonía a los poemas reunidos, sino que se trata de expresiones de la técnica. Dentro de esta consideración, es Vitrales patrios la expresión más acabada. En esta sección se encuentran reunidos “Malintzín” y “Cuauhtémoc”, entre otros poemas, como “La bestia de oro”, “La leyenda de los volcanes”, “El Mal de Nezahualcóyotl”, junto con otros, alusivos a los símbolos nacionales, tales como la Virgen de

Guadalupe, Hidalgo, la Escuela Normal o la raza de bronce. Dentro del acervo de la Biblioteca Nacional de México, esta obra pertenece a la Colección Especial Rafael Heliodoro Valle. El libro, en buen estado de conservación, cuenta con una dedicatoria autógrafa del autor al célebre Heliodoro Valle. La única ilustración con la que cuenta el ejemplar corresponde a un retrato de López en aguafuerte, realizado por Germán Gedovius, en cuya firma se incluye una dedicatoria al poeta.

Para Rafael López, según expresó en un artículo sobre las nociones estéticas para la *Revista de la Universidad*, en agosto de 1926, el espíritu de un pueblo se expresa en todas las formas sociales y políticas, pero, sobre todo, “en las formas artísticas, donde la libertad de la creación no se halla limitada más que por los mismos límites del espíritu”. Tal fue su intención en su libro *Con los ojos abiertos*, en el que entiende que la máxima expresión del espíritu de un individuo es la poesía, que encierra en sí misma la expresión de un pueblo entero. Esta obra tuvo una recepción favorable que trascendió su época. Desde el mismo año de su publicación, aparecieron en la prensa una serie de comentarios críticos, más bien laudatorios, sobre todo, por Vitrales patrios, que se consideró una expresión de la visualidad poética, un éxtasis para “las pupilas serenas”, poemas musicales y de una técnica lujosa y cincelada.

Para el crítico Miguel Medina Hermosilla, cuyo artículo titulado “Poetas mexicanos” se publicó en *La Gaceta de Guadalajara*, en enero de 1914, el reconocimiento del “espíritu lírico” resultaba una suerte de salvación de la “raza mexicana” frente a los tiempos de violencia fratricida de la Decena Trágica. Para este autor, el valor de *Con los ojos abiertos* era una forma de superar “el odio, la muerte y el despojo” y de “amparar” el espíritu inmortal de los mexicanos. Una suerte de síntesis psicológica para reanimar la patria. Para el diario *El Mundo*, de acuerdo con el artículo sin firma titulado “Crítica”, de mayo 1924, *Con los ojos abiertos* era una forma de “identificación” de la poesía moderna e, incluso, representaba la “modernidad en la literatura”, más allá del Modernismo torremarfilista.

Sin embargo, la crítica con mayor alcance y repercusión sobre el libro sería la realizada por Alfonso Reyes, en noviembre de 1912, en su artículo “La poesía de Rafael López. I. Con los ojos abiertos”, posteriormente recuperada en “Páginas sueltas”, dentro del libro *Capítulos de literatura mexicana*, en sus *Obras completas I*, publicadas por el Fondo de Cultura Económica, en 1955. Dicho artículo se reprodujo asiduamente en la prensa, pero no siempre se reconoció la autoría de Reyes. En ocasiones, se tomó sólo el argumento central sobre la poética de López y, en otras, se reprodujeron párrafos enteros.

Para Reyes más que una representación poética de la “cultura moderna”, del alma y la naturaleza de los paisajes de la Historia patria, consonante con el progreso artístico, plasmación ideal y material del temperamento de “nuestro pueblo”, se trató de una expresión nacional basada en el “aztequismo”, es decir, una representación poética, pintoresca y elocuente de la historia, sin caer en historicismo, y de un intencionado descuido gramatical; rasgo heredado, en parte, del Modernismo, particularmente, de Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Manuel Gutiérrez Nájera, y del pensamiento político de Justo Sierra. Reyes destacó en esta reseña la poética visual de López:

Rafael López tiene el don de la técnica. Es, sobre todo, maestro del color y del ritmo; pero por momentos, porque su estro mismo parece arrebatarlo un poco, carece de unidad exterior. Tampoco es un enamorado de su idioma. [...] No se trata, pues, de un poeta sobrio, sino de un poeta rebotante. Canta las apoteosis del sol y del mármol y entiende la fiesta de toros bajo un prisma homérico [...]. No tiene sentido histórico, ni quiere; su imaginación es visual, a los antiguos los ve siempre con ojos interesados con el prejuicio de la imagen.

Esta reseña fue reproducida en *Biblos*, en septiembre de 1920, a la que se le agregó una semblanza biográfica de López, cuyo fin era reconocer a este poeta como el cantor de la “gloria nacional” y de la epopeya del nacimiento de México. Se le calificó como un poeta que perteneció al grupo del “último barco”, junto con González Martínez, Argüelles Bringas, Salazar, Reyes, entre

otros. López publicó en revistas culturales tales como *Savia Moderna*, *El Heraldo*, *El Imparcial*, *Revista de Revistas*, *Revista Moderna de México*, *El Mundo Ilustrado*, *Argos*, *El Independiente* y muchas otras. En *El Universal*, publicó diversas crónicas con el anagrama de su nombre: Lázaro P. Feel, las cuales pretendía reunir bajo el título “Las alas nómadas”. Entonces, estuvo también a cargo de la selección de poemas de Salvador Novo publicados en *Cultura*.

Rafael López, antes de su traslado a la capital del país, fundó en la ciudad de León, Guanajuato, la revista *El Arte*, junto con Liborio Crespo y Manuel de la Parra. Aunque se trató de una publicación de corta duración, fue ampliamente referida en el campo cultural de fin de siglo como un órgano de reflexión y representación estética. A manera de apunte, es posible observar que López formuló una compleja concepción de la estética, como disciplina, tanto en sus obras críticas, como poéticas. Reflejo de la visualidad, concreción estética para referir elementos históricos y la noción de “espíritu nacional” son los poemas reunidos en *Vitrales patrios*. Como muestra, baste destacar “Malintzín” y “Cuauhtémoc”, que, en una suerte de juego de referencias con otros poemas, como “La bestia de oro” y “La leyenda de los volcanes”, sintetizan, en una imagen de los volcanes, la historia de México.

“Malintzín”, que corresponde al poema 12o. de la sección *Vitrales patrios*, es un alejandrino que crea una suerte de efecto traslúcido, como un vitral, que confunde, a la vez, la figura desdichada de la amante de Cortés con la historia de México y el volcán Iztaccíhuatl. El volcán extinto es, a la vez, testigo y testimonio de la historia patria, encarna en él el amor que doña Marina tuvo por el conquistador que “Dios no perdona” y la traición a la “raza azteca”, cuyos pies fueron calcinados por su “amante”. “Cuauhtémoc”, 13o. poema, aparece como una continuación al poema anterior. En él se dibuja la colosal imagen del Popocatepetl, “cumbre divina”, que se confunde con Quetzalcóatl y el águila que cae: el Cuauhtémoc histórico. En esta figura, la voz lírica exalta la grandeza del gobernante azteca, de la mitología mexicana y, sobre todo, de su poderío continental, al representar el “gran gesto de bronce”, admite la reverencia del

Atlántico y del Pacífico. Su altura, que empuja las nubes al “Septentrión”, es un bien merecido por la expiación de toda la raza latinoamericana en manos de los españoles. En sí, estos dos poemas buscan sintetizar, en una imagen poética y visual, la referencia de los volcanes del valle de México, la historia y destino de México y de todo el Continente hispanoamericano.

Diana Hernández Suárez

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México

Bibliografía · mínima
IA Conquista
y la Consumación
Independencia
PATRIMONIO DOCUMENTAL EN LOS CENTENARIOS DEL 2021